

LECCION XXVIII.

1778-1781.

SEÑORES:

Durante las negociaciones en Francia para concluir un tratado de alianza y un tratado de comercio con los comisarios americanos, comenzaba á inquietarse la opinion en Inglaterra, y se dirigia hácia Chatham, el único hombre capaz de impedir la guerra con los Borbones ó de terminarla felizmente, y conservar, si era posible, la unidad del imperio.

¡Cosa extraña! El primer ministro lord North era quien tenia el mayor deseo en ver á Chatham cargar con esta grande responsabilidad. La oposicion venia del rey, no del ministro, fatigado por un poder superior á sus fuerzas. El 17 de Febrero de 1778 lord North, como para preparar el camino á su sucesor, presentó á la Cámara de los Comunes dos bills concernientes á la terminacion de la guerra. Su discurso, como todos los discursos ministeriales, fué una apología de su conducta, de su moderacion, de su dulzura; él no habia propuesto cuotizar á la América; él habia aceptado una posicion que no habia creado: la guerra habia sido desgraciada, es verdad, pero el país no estaba abatido; los recursos eran enormes; la marina mas fuerte que nunca; si se otorgaban concesiones, era por amor á la paz. Es cierto que se habian aguardado á que la Francia manifestase sus amenazas para apercibirse que los americanos tenian algunos derechos.

El primer bill tenia por título: «Acta destinada á quitar todas las dudas y todos los temores en lo concerniente á la cuotizacion de las colonias, por el Parlamento de la Gran Bretaña.» El bill derogaba expresamente el derecho sobre el té, y para lo futuro declaraba, que desde esa fecha, el rey y el Parlamento no impondrian ningun derecho, cuota ó pension cualquiera sobre las colonias americanas de Su Majestad, excepto los derechos relativos al reglamento del comercio; derechos cuyo producto neto seria siempre aplicado á los gastos de la colonia, en la que se cobrarán estos derechos. De esta manera renunciaba el Parlamento completamente á este derecho de impuesto, que habia sido la causa de la guerra. ¹ Era ya un poco tarde.

El segundo bill autorizaba á Su Majestad á nombrar comisarios con poderes suficientes para tratar con las colonias insurrectas. Estos comisarios eran en número de cinco, y sus poderes muy extensos. No debian poner dificultad alguna respecto del rango ó título legal de los gefes americanos: se les dejaba plena libertad para tratar con toda persona, ó cuerpo político. Podian proclamar la cesacion de las hostilidades; revocar todo acto posterior á 1763; pedir una contribucion moderada para los gastos comunes del imperio, y si fuere necesario, renunciar á ella. En dos palabras, los comisarios podian aceptar todas las condiciones, *ménos la independencia*. Obtener la paz á todo precio era su encargo. El Parlamento se reservaba el derecho de confirmarla.

La terminacion del discurso de lord North produjo un profundo y triste silencio en la Cámara: el partido ministerial estaba abatido. ¿En qué habia parado esta tenacidad para usar de medios violentos? La oposicion tomó la palabra, por el órgano de Fox, para complimentar al ministro por su feliz conversion, y al mismo tiempo para admirarse de que un ministro, cambiando tan completamente de opinion, permaneciese en el poder. ¿Lord North creia poseer la lanza de Aquiles para curar las heridas que habia inferido? ¿Podia imaginarse que la América recibiria la paz de esta mano sospechosa, que jamas seria la de un amigo? Fox tenia razon; pero en la forma solamente, porque lord North estaba resuelto á dejar el poder, y abandonar el lugar á un ministro ménos comprometido. Los dos bills fueron votados, y el 11 de Marzo de 1778 recibieron la sancion real.

¹ Lord Mahon, VI, 225.

Dos dias despues, el 13 de Marzo de 1778, el embajador de Francia, marqués de Noailles, entregó á lord Weymouth, secretario de Estado, una nota que anunciaba formalmente el tratado de alianza y amistad concluido entre Francia y los Estados- Unidos. Esta nota estaba concebida en términos que, por la fuerza de las cosas, parecian irónicos y burlescos. Recordaba que desde el 4 de Julio de 1776 estaban los americanos en plena posesion de su independencia, y agregaba: «Al presentar esta comunicacion el rey de Francia, está firmemente persuadido que la corte de Lóndres verá en ella una prueba del constante y sincero deseo por la paz que anima á Su Majestad. Ella espera que Su Majestad Británica animado de los mismos sentimientos, deseará igualmente evitar todo lo que podria alterar esta buena armonía, y que particularmente tomará medidas efectivas para que nada interrumpa el comercio entre los súbditos de Su Majestad y los Estados- Unidos de América.»

La respuesta á esta nota, respuesta fácil de prever, fué la orden que se dió á lord Stormont, embajador en Paris, de pedir sus pasaportes, y de volver inmediatamente á Lóndres. Por su parte el marques de Noailles, tomó los suyos para volverse á Paris. No era esto aún la guerra; pero no era ya dudosa para nadie, y era cierto que la España seguiria á la Francia. Se veia entónces que lord Chatham habia tenido razon.

El rey dispuso desde luego, que se comunicase la nota francesa al Parlamento, agregando á ella un mensaje en el que aseguraba á las Cámaras que estaba firmemente determinado á mantener el honor de la corona. Las Cámaras votaron manifestaciones leales con grande mayoría, pero no sin mas de una palabra amarga. El nombre de lord Chatham fué mas de una vez pronunciado, como el del hombre necesario, y lord North no ocultó que estaba pronto á retirarse, bien que el rey le habia manifestado que él nada queria de lord Chatham y de su *pandilla*, y que no lo aceptaria con sus amigos si no venia como auxiliar de su ministro favorito. ¹

Fué entónces, el 7 de Abril de 1778, cuando el duque de Richmond propuso se dirigiese una exposicion al rey, suplicándole á Su Majestad retirara sus flotas y sus ejércitos de las trece colonias, y recono-

¹ Lord Mahon, VI, 232.

ciera su independencia. Era una de estas medidas necesarias, pero humillantes, que una nacion no acepta, sino hasta el último momento. El patriotismo de Chatham se indignó á tal propuesta, y á pesar de estar sufriendo de la gota, se hizo llevar á la Cámara de los lores; se dirigió con trabajo á su lugar, apoyado en el hombro de Guillermo Pitt, su hijo, y de lord Mahon, su yerno. Sus balbucientes palabras, sus lacónicas frases eran la apelacion última al patriotismo inglés.

«Jamás, exclamó, consentiré en privar de su mas bella herencia á un descendiente de la casa de Brunswick, á un heredero de la princesa Sofía. Milores, Su Majestad ha heredado un imperio tan extenso como respetable. ¿Mancharémos los fastos de este imperio por un ignominioso abandono de nuestros derechos?..... Caerémos de rodillas ante la casa de Borbon? ¿Es verdad, Milores, que esta nacion no es ya lo que era ántes? ¿Un pueblo que hace diez y siete años era el terror del mundo, ha descendido tanto, para verse obligado hoy dia á decir á su constante enemigo: *Toma todo lo que tenemos, pero danos la paz?*..... No, es imposible. Yo no inculpo á nadie: no aspiro á ocupar el lugar de ninguno; no quiero asociarme á hombres que se encaprichan en su error; pero, en nombre del cielo, si es absolutamente necesario elegir entre la paz y la guerra; si la paz no puede conservarse sin perder el honor, ¿por qué no comenzar la guerra sin fluctuar? No conozco con precision los recursos del reino, pero estoy seguro que son suficientes para mantener nuestros justos derechos. Milores, cualquiera resolucion vale mas que la desesperacion. Hagamos por lo ménos un esfuerzo, y si nos es preciso sucumbir, sucumbamos como hombres.»

El duque de Richmond tomó la palabra para manifestar que nadie mas que él deseaba la union de los dos países, pero que esta union era impracticable; que si no se apresuraban á tener por aliados á los americanos, serian bien pronto los aliados de la Francia. «Nadie, agregó, respeta mas que yo el gran nombre de Chatham; pero este nombre no puede hacer lo imposible: las cosas no están ya en el punto en que el noble lord las ha dejado al retirarse del poder. Entónces teníamos á la América de nuestra parte; entónces eran la Gran Bretaña y la América las que hacian frente á la Francia y á la España: hoy dia son la Francia, la España y la América las que se reunen contra la Gran Bretaña.»¹

¹ Lord Mahon, tomo VI, página 241.

A estas últimas palabras Chatham se levantó impelido por una violenta emocion. La casa de Borbon triunfaba; la América se perdia; era demasiado humillante para él. Balbutió algunas palabras, y cayó herido por un ataque apoplético. Se levantó la sesion; los pares rodearon á Chatham, que fué trasladado á una casa vecina. Un mes despues murió sin haber recobrado sus facultades. La Inglaterra lo enterró en Westminster, enterrando con él esa soberanía de los mares y del mundo que aquel habia soñado. Con lord Chatham desaparecian todas las esperanzas de una reconciliacion, suponiendo que esta reconciliacion fuera posible.

Los comisarios enviados á la América, lord Carlisle, Williams Eden, mas tarde lord Auckland, y Jorge Johnstone, debian reunirse al almirante Howe y al general sir William Howe; pero á su llegada, el general habia pedido y obtenido su exoneracion. Sir Henry Clinton, su sucesor, habia recibido la órden de evacuar á Filadelfia y retirarse á Nueva-York, punto en donde podia defenderse contra una escuadra francesa. Era difícil la situacion: los comisarios enviados por lord North, enemigo de la América, no podian inspirar confianza; quisieron enviar al Congreso á su secretario; era el Dr. Adam Ferguson, profesor de filosofía en Edimburgo, uno de los talentos mas originales del fin del último siglo. Washington rehusó darle un pasaporte ántes de tener la aprobacion del Congreso. Este por su parte habia tomado una resolucion por la que se abstenia de toda conferencia, á ménos que los comisarios no retirasen las flotas y ejércitos ingleses, es decir, no hubieran reconocido la independencia.

En vano los comisarios se dirigieron al presidente del Congreso para hacerle conocer la extension de sus poderes: en vano prometieron que la Inglaterra no conservaria ya tropas en las colonias sin el consentimiento de las asambleas, y que tomarian medidas para pagar las deudas de la América y hacer subir el valor del papel moneda: en vano ofrecieron un lugar ó muchos en el Parlamento para los agentes de las colonias; todo, en una palabra, excepto la soberanía. Sus proposiciones fueron desdeñosamente desechadas; el Congreso decidió de una manera perentoria que no contestaria á ellas; las insinuaciones que hicieron á varios particulares no fueron mejor recibidas: palabras desagradables á la Francia, expresadas en una comunicacion dirigida al

Congreso, atrajeron una provocacion de Lafayette á lord Carlisle, provocacion de la que su señoría no hizo aprecio, pero que no por esto dejó de hacer sensacion en América, y mas tarde en Europa. No quedó ya otra cosa que hacer á los comisarios mas que embarcarse, despues de haber dado una proclama torpemente amenazante, en la que daban á entender que si las colonias llegaban á ser una dependencia de la Francia, la Inglaterra procuraria no dejar á su enemiga mas que una posesion sin valor.

El año de 1778 se pasó en América sin combates de importancia, si se exceptúa el ataque dado por Washington al ejército inglés al retirarse por los Jerseys, ataque conocido con el nombre de batalla de Monmouth, y que no tuvo éxito por la falta del general Lee.

Esta inaccion, esta impotencia de un país ocupado por el enemigo, tiene algo de extraño para nosotros; pero esta extrañeza deja de existir, al reflexionar que los ingleses no ocupaban mas que un punto de este vasto continente, y no era dudoso que no podrian conservarlo: de aquí provenia la indiferencia general. Los Estados particulares se constituian y organizaban su gobierno, al mismo tiempo que el Congreso se hallaba casi abandonado, el ejército abandonado, el papel moneda aumentando todos los dias y poniendo al país en bancarota. Todo el peso de los negocios lo llevaba Washington.

Él se queja de esto en una carta escrita á Mr. Benjamin Harrison, de Virginia. «Me parece tan claro como la luz del dia que jamas la América ha tenido una necesidad mas urgente de la sabiduría, del patriotismo y de la energía de sus hijos; y si para la generalidad no es este un justo motivo de aficcion, para mí, que estoy viva y dolorosamente preocupado, sí lo es, al ver que un gran número de personas, y de los mas hábiles, atendiendo á sus intereses particulares, se han retirado del Congreso con gran perjuicio del bien público. Nuestro sistema político puede ser comparado al mecanismo de un reloj, el que deberia servirnos de ejemplo. ¿De qué sirve que las pequeñas ruedas estén en buen estado, si no se atiende á la gran rueda, que es el resorte principal y el primer motor de toda la máquina?»

«Seria conveniente que cada Estado no se contentase con elegir á sus hombres mas capaces, sino que los obligara á irse al Congreso para examinar allí con detencion las causas que han producido tan ma-

los efectos en el ejército y en todo el país. Quisiera, en una palabra, que se reformaran los abusos públicos. Si así no fuere, no es preciso ser profeta para predecir las consecuencias de la administracion actual, para anunciar que todos los trabajos de los Estados, ocupados en el arreglo de sus comisiones, preparando leyes, confiando los empleos á sus mas hábiles ciudadanos, no producirán gran cosa. Si el conjunto está mal dirigido, todos los detalles perecerán en el naufragio general; tendremos la vergüenza de habernos perdido por nuestra propia locura ó por nuestra negligencia, ó acaso por el deseo de vivir con tranquilidad y comodidades esperando el éxito de una tan grande resolucion, mientras que los hombres mas capaces y virtuosos de nuestro mundo americano deberian trabajar en su triunfo.

«Es muy de temerse que los Estados, ocupados de sus negocios, no tengan ideas muy claras acerca del peligro presente. Muchas personas distantes del teatro de los acontecimientos, que no ven ni leen mas que los escritos que lisonjean sus deseos, se imaginan que la lucha está en sus últimos dias, y que todo lo que aun queda por hacer es arreglar el gobierno y la policía de su propio Estado. Yo deseo que un triste reves no venga á caer sobre ellos como un rayo inesperado.

«El público cree que en este momento los Estados están mal representados; que los mas grandes intereses de la nacion se ventilan muy mal en el Congreso, sea por falta de habilidad ó por abandono, sea por causa de la discordia y espíritu de partido. Tal estado de cosas es mas lamentable que otras veces, porque estamos muy avanzados en la lucha, y segun la opinion general nos aproximamos á un feliz desenlace. La Europa tiene sus ojos fijos en nosotros, y estoy seguro que mas de un espía político nos observa para cerciorarse de nuestra situacion y dar aviso de nuestra debilidad y nuestras necesidades.»

El año de 1779 se pasó de la misma manera: las fuerzas inglesas muy disminuidas, se limitaban á hacer algunas expediciones á las costas, que no eran mas que crueldades y desastres inútiles. El ejército americano, igualmente disminuido, mal pagado, mal vestido, mal alimentado, nada podia impedir. Por una y por otra parte se esperaba la llegada de tropas francesas que debian, por decirlo así, decidir la cuestion con los ingleses.

Entretanto, la miseria era general; el papel moneda habia tomado

tales proporciones, que perdía todo valor; lo habían tomado al 20, al 40 y al 100 por ciento de su precio nominal. Cuenta un oficial inglés en sus viajes, que en Diciembre de 1779 su hostelero en el Maryland le presentó una cuenta de 732 libras (18,300 francos) que pagó con cuatro guineas y media, es decir, 112 francos, 50 céntimos.

El Congreso, que por su negligencia había ocasionado este estado de cosas, repelia con desden, y como una injuria, el temor de una bancarota. «Una república sin fé, una república en bancarota, se decia en un manifiesto del Congreso á sus constituyentes de 13 de Setiembre de 1779, seria una cosa sin ejemplo en la historia del mundo. Que no se diga, que jamas pueda decirse que la América apenas ha sido independiente cuando ya se encontró insolvente.»¹ Bellas palabras que solo precedieron dos años á la bancarota.

Los efectos de este papel moneda no se hicieron esperar. Washington nos ha dejado su triste pintura.

«Si me fuera preciso hacer la pintura del tiempo y de los hombres segun lo que yo he visto, lo que he oido, y lo que sé, diria en una palabra que la ociosidad, la disipacion y la extravagancia se han apoderado de ellos; que la especulacion, el peculado y una sed insaciable de riquezas son preferidas á cualquiera otra consideracion, y dominan á todos los hombres; que disputas de partido y rencillas de personas son el negocio del dia, miéntras que se descuida y se aplaza de semana en semana, de dia en dia, cuantó concierne á los fundamentos del Estado: una deuda enorme y que se aumenta sin cesar; la hacienda pública en ruina, el papel sin valor, el crédito perdido. En este momento nuestro papel pierde 50 por ciento cada dia en esta ciudad: no me sorprenderia que dentro de algunos meses no tuviera ya curso; y no obstante, un baile, un concierto, una comida, una cena que costará trescientas ó cuatrocientas libras, no solamente impedirá á las gentes ocuparse de sus negocios, pero ni aun pensar en ellos, miéntras que un gran número de oficiales dejan el servicio por causa de su absoluta desnudez.

«He aquí el cuadro: lo creo verdadero en el fondo de mi alma, y os anuncio que estoy mas preocupado con lo que veo hoy dia, que lo que he estado desde el principio de la contienda.»

¹ Lord Mahon, VI, 288.

Si yo cito estas tristes cartas es para hacer comprender mejor lo que es un grande hombre. La siguiente carta fechada en West-Point el 16 de Agosto de 1779, nos hará conocer en toda su sencillez al Fabio americano.

«Al Dr. Cochran, cirujano en gefe del ejército.—Querido doctor: He invitado á mi mesa para el dia de mañana á Madama Cochran y á Madama Livingston; ¿pero no debo por mi honor decirles qué clase de platos les serán servidos? Como yo detesto el que se falte á la verdad, aun cuando se trate de cosas triviales y de imaginacion, voy á cumplir con mi deber. Es por demas decirles que mi mesa es demasiado bien servida para recibir á estas señoras: ellas han tenido el dia de ayer una prueba ocular de esto. Acaso es mas necesario decirles de qué manera es habitualmente servida; este es el objeto de mi carta.

«Desde nuestra llegada á esta bienaventurada mansion hemos tenido un jamon, algunas veces un lomo de cerdo salado para cubrir la cabecera de la mesa; un trozo de buey asado cubre la otra cabecera, y un plato de habas ó de legumbres, plato casi imperceptible, adorna el medio. Cuando se le ocurre al cocinero quedar bien, (creo que mañana así será) tenemos de extraordinario dos pasteles de tajadas de vaca ó dos platos de camarones, que se ponen uno de cada lado del plato de en medio, reduciéndose así á seis piés la distancia de un plato á otro, que sin esta circunstancia seria de doce piés.

«El cocinero ha tenido últimamente el talento de descubrir, que con manzanas pueden hacerse tortas ó bollos; de consiguiente, verémos si gracias á su ingenio, tendrémos una torta de manzanas, en lugar de uno de nuestros pasteles de vaca.

«Si estas señoras pueden conformarse con semejante festin, y servirse de platos que en un tiempo fueron de hoja de lata, pero que ahora son de hierro, seré feliz en verlas. Todo vuestro, querido doctor.»¹

X El año de 1780 comenzó en América bajo sombríos auspicios. Las quejas de Washington no habían producido resultado alguno: en vez de 35,000 hombres que había decretado el Congreso, no tenía el general mas que 12,000, que perecían de hambre.² Pero en el exterior, la posicion de Inglaterra se agravaba: no eran ya solamente la Francia

¹ Sparks, tomo II, página 114.

² Lord Mahon, VII, 55.

y la España las que se aliaban contra la Gran Bretaña amenazándola, sino todas las potencias neutrales que protestaban contra el derecho de visita que se arrogaba la Inglaterra. Desde principios del año de 1780 un convoy holandés que volvía al Mediterráneo, rechazó á cañonazos al comodoro Fielding. «Dais armas á nuestros enemigos los franceses y españoles, decian los ingleses,» «y vosotros insultais nuestro pabellon,» respondian los holandeses.

La emperatriz Catarina se conmovió profundamente con motivo de este negocio: los cruceros españoles habian detenido en el Mediterráneo dos buques rusos que llevaban granos á la guarnicion inglesa de Gibraltar. «Mi comercio, decia la emperatriz, es tan querido como mi hijo.»

El 20 de Febrero de 1780 el ministro ruso Panin, enemigo de la Inglaterra, dirigió á las cortes beligerantes su famosa declaracion, que contenia estos principios: primero, el pabellon cubre la mercancía; segundo, no hay mas artículos de contrabando que los expresamente estipulados por un tratado; tercero, las potencias neutrales no pueden reconocer mas que un bloqueo efectivo.

Estos principios reconocidos hoy en el derecho de gentes, eran entonces del todo nuevos y en contradiccion con las pretensiones exclusivas de la Inglaterra; en 1780 fueron el fundamento de la *neutralidad armada*, alianza que celebraron la Rusia, la Suecia y la Dinamarca, para sostener por medio de las armas los derechos de los neutrales. La Holanda y la Prusia se unieron mas tarde; la España y la Francia aceptaron el principio, de modo que la Inglaterra se encontró sola contra la Europa y la América, decididas á mantener la libertad de los mares. Tal fué el primer beneficio de la revolucion americana, y ciertamente que no ha sido el menor.

En Abril de 1780 Lafayette volvió de Francia, adonde habia ido en 1778 á ofrecer su espada á su patria, con motivo de las noticias de una próxima guerra. Traia una noticia que regocijó á Washington singularmente. Se habia pedido el apoyo de la Francia, y desde el año precedente la flota del conde Estaing habia aparecido en las costas de América; pero no se habian pedido tropas de desembarco, porque por parte de la América se temia ó que la Francia se restableciera en el Canadá, ó verse en peligro de cambiar de dueño; y por otra par-

te, los recuerdos de antigua rivalidad aun estaban bien vivos para que pudiera esperarse que americanos y franceses combatieran voluntariamente bajo una misma bandera.

Lafayette, que segun la expresion del viejo Maurepas, habia vaciado Versalles para ayudar á la América, venia á anunciar á Washington la llegada de la primera division francesa, al mando del general Rochambeau, compuesta de mas de cinco mil hombres; la segunda division detenida en Brest por falta de trasportes no llegó jamas.

Las instrucciones dadas á Rochambeau por el ministerio frances estaban llenas de prudencia y de delicadeza. El general y sus tropas debian en todo caso estar bajo las órdenes de Washington. Cuando los ejércitos estuvieran reunidos, el frances debia considerarse auxiliar y ceder la preferencia, tomando la izquierda. En igualdad de empleo y de antigüedad los oficiales americanos debian tomar el mando. Estas instrucciones comunicadas á Washington ántes de desembarcar los franceses, produjeron el mejor efecto. Siempre reinó la mas perfecta armonía entre nuestras tropas y los soldados y el pueblo americano. Los oficiales franceses tomaron desde luego las cucardas negras y blancas (el negro era el color de la cucarda americana); y aun se recuerda todavía en los Estados-Unidos que nuestros soldados acampados cerca de los jardines americanos, se alejaban sin haber tocado un solo fruto. Franklin en sus *Memorias* celebra la delicadeza del soldado frances. Los ingleses de Braddock no habian dejado semejantes recuerdos.

La llegada de la flota americana al mando del caballero de Ternay tuvo lugar en Julio de 1780, y muy oportunamente, porque desde Mayo Sir Henry Clinton habia ocupado Charleston, cuya pérdida, segun la expresion de Lafayette, era una pérdida terrible, pues de esta manera la confederacion perdia todo el Sur. A la primera noticia de nuestra llegada, Clinton volvió á Nueva-York, dejando á lord Cornwallis en la Carolina. Con la escuadra inglesa fué á amenazar á la francesa que estaba en New-Port, en Rhode-Island, obligando así á Rochambeau á permanecer inactivo para defender la escuadra que estaba en peligro.

El año se pasó así en observarse, mientras que los ingleses hacian progresos en la Carolina y el Congreso decretaba que el enganche de las tropas no seria por tres meses sino por toda la duracion de la

guerra, y que los oficiales que permanecieran en servicio hasta la paz tendrían derecho á medio sueldo por el resto de su vida. Ambas medidas eran buenas, pero ninguna fué cumplida.

La primera no era muy practicable, porque en América no hay espíritu militar. Se baten, pero la profesion de soldado es poco apetecible; se quiere ser libre aun bajo la disciplina militar. Se vió en aquella época, en 1º de Enero de 1781, que mil ochocientos hombres acantonados en Morristown, en Filadelfia, se sublevaron por el atraso de sus sueldos, por su miseria, y sobre todo, porque se retenía bajo sus banderas á cierto número de soldados que solo se creían en el deber de servir durante tres años.

Los amotinados mataron á un capitán, hirieron mortalmente á otro oficial y marcharon sobre Princeton con seis piezas de campaña amenazando al Congreso que estaba en Filadelfia. Por indicaciones de Washington no se empleó mas que la dulzura, transigiendo con los rebeldes; pero habiendo aumentado los desórdenes fué necesario emplear la dureza para reprimirlos.

De esta manera el ejército se disolvía, la bancarota era inminente, pues los recursos del país estaban agotados. Fué entonces cuando Washington, á instancias del Congreso, dió instrucciones al coronel John Laurens para que volviese á Francia á solicitar nuevos recursos de hombres y dinero. Esta carta, escrita por Washington mismo, debe encontrarse en el ministerio de negocios extranjeros: ella demuestra que en este momento la Francia era la única esperanza de salud para la América. Washington expone allí que no teniendo la América capital ni riqueza, la guerra había agotado los recursos naturales del país, conduciéndolo á una crisis que hacía indispensable el auxilio de la Francia.

El papel moneda, sin fondos que respondieran, estaba totalmente despreciado y sin confianza.

Las requisiciones eran imposibles, porque no había crédito, la campaña de 1780 se había hecho sin un scheling. El ejército había sufrido de tal manera que su paciencia estaba agotada, no tenía ni vestido, ni víveres, ni sueldo; el descontento aumentaba. El pueblo estaba desalentado; su primer entusiasmo, que le había hecho aceptar la guerra, había pasado. «Era de temer que un pueblo comerciante y libre, poco

acostumbrado á cargas pesadas, fatigado por contribuciones odiosas, no consintiera en los sacrificios que demandan las circunstancias, imaginándose que no haría mas que cambiar una tiranía por otra.»

De todo esto resultaba, según el general, la necesidad absoluta de un auxilio inmediato en dinero, que pudiera permitir á la Confederación restablecer su hacienda, levantar su crédito y dar energía á las operaciones futuras, y la importancia de un esfuerzo decisivo de los ejércitos aliados para conquistar la libertad y la independencia de los Estados-Unidos. «Sin dinero, agregaba Washington, no harémos en la próxima campaña mas que un esfuerzo débil, y probablemente el último; con un auxilio fatigariamos la obstinación del enemigo.

«El segundo medio es inseparable del primero; con un ejército combinado, esta lucha tendrá un éxito glorioso, y esto pondría el sello á las obligaciones que nuestro país tiene para con la generosidad de sus aliados, perpetuando nuestra union por el reconocimiento y el afecto, no ménos que por mutuas ventajas, que son los únicos lazos que pueden hacerla sólida é indisoluble.»

Washington apreciaba á nuestras tropas no solo por su valor y por su número, sino también porque «la excelencia de las tropas francesas, su perfecta disciplina, su órden constante, sus disposiciones conciliadoras y su entusiasmo han cooperado de una manera eficaz al respeto, á la confianza del pueblo para con sus amigos.»

De acuerdo con Rochambeau, el general habría querido que la Francia enviase un refuerzo de 15,000 hombres, pero si esto debía disminuir el auxilio en dinero, prefería esto último. En América faltaban recursos mas bien que soldados.

Pedia, en fin, que la guerra naval fuese llevada á los mares de América, porque así se reduciría el enemigo á la defensiva, quitándole toda esperanza de extender sus conquistas; guerra fácil para la Francia, pues sobre las dilatadas costas de la América encontraría puertos, recursos y provisiones.

«Por lo demás, agregaba Washington, solo solicitamos un empréstito, y ningún otro pueblo tendrá mas facilidad para pagarlo que nosotros. Nuestras deudas son poco considerables, nuestro territorio inmenso; la fecundidad del suelo, nuestros recursos comerciales, todo asegura que en pocos años la América podrá pagar.

«El pueblo está descontento, decia al concluir; pero mas bien de la manera con que se hace la guerra, que de la guerra misma. Un auxilio poderoso de dinero levantaria nuestra hacienda y nuestros espíritus.

«Una mayoría inmensa quiere la independencia, ódia la reunion á la Gran Bretaña, y busca la alianza de la Francia; pero en tiempo de guerra no bastan estos sentimientos, sino que se necesitan los medios ordinarios de hombres y dinero, porque su ausencia trae consigo la opresion, la desgracia y el desaliento.»

Esta carta, remitida á Franklin y presentada por él al ministro del rey, tuvo un buen resultado, al ménos por lo que mira al dinero; pero al concederlo se estipuló que los recursos destinados al ejército quedarían á disposicion del general Washington. Se tenia mas confianza en él solo, que en todo el Congreso.

Los consejos de Washington seguidos por la corte de Francia produjeron un feliz resultado. Hácia el fin de Agosto el conde de Grasse arribó á las Antillas con una escuadra de veintiocho navíos de guerra y cuatro mil hombres de tropa.

Este fué el momento que Washington eligió para hacer la campaña en Virginia. No podia dudar; Cornwallis habia entrado en la provincia; si llegaba á ocuparla y tomaba á Richmond, el Sur estaba perdido. Cornwallis estaba lleno de esperanza, perseguia á Lafayette, que con cuatro mil hombres se defendia de rio en rio. «El niño no se me escapará,» escribia Cornwallis, *The boy can not escape me*. Lafayette tenia veinticuatro años.

Washington sentia la necesidad de dar un gran golpe para reanimar el entusiasmo decaido. El Congreso, que al principio de la guerra habia sido la cabeza y el corazon del país, languidecia y estaba sin influencia; la bancarota y la ruina general eran inminentes, y en los Estados del Este, desde que la guerra se habia trasladado á la Carolina y sus costas no estaban amenazadas, habia disminuido el entusiasmo.

El 14 de Setiembre de 1781 Washington se trasladó al cuartel general de Lafayette en Williamsbourg, y tomó el mando en jefe del ejército aliado, teniendo á sus órdenes al general Rochambeau. Cornwallis se vió precisado á encerrarse en York-Town, fortificando el punto. Los americanos y franceses, en número de 18,000 hombres,

pusieron sitio á la plaza: el general inglés no tenia mas que 7,000 hombres para defenderse. La plaza era débil, y el dia 16 de Setiembre Cornwallis escribia á sir Henry Clinton: «La ciudad no está en estado de defensa: si no me podeis auxiliar próximamente, esperad malas noticias.»

La plaza fué cercada el 1º de Octubre: la escuadra francesa habia proporcionado cincuenta cañones de grueso calibre y diez y seis morteros: americanos y franceses rivalizaron en arrojo y bizarría: dos reductos fueron tomados el dia 14, y el dia 18 los ingleses se vieron en la necesidad de rendirse, quedando las tropas de tierra prisioneras de los Estados- Unidos, y las de mar, de la Francia. Washington impidió que en el acto de la rendicion hubiera espectadores extraños, y prohibió toda señal de regocijo público: el resultado le bastaba. Los ingleses salieron de la plaza, saludando cortesmente á los oficiales franceses y mirando con aire altanero á las milicias, que en aquella vez los habian vencido. ¹

«El trato que hemos recibido, escribia lord Cornwallis á lord Cha-

¹ Según la tradicion americana, consagrada por un cuadro que está en el Capitolio de Washington, el general Lincoln, vencido en Charleston, fué quien recibió la espada de lord Cornwallis. Las *Memorias* de los oficiales franceses refieren de otro modo esta gran escena.

Rochambeau dice: «Estando enfermo lord Cornwallis, el general O'Hara desfiló á la cabeza de la guarnicion. Al aproximarse á nosotros, me presentó su espada: yo le enseñé, frente á mí, al general Washington, á la cabeza del ejército americano, diciéndole que siendo el ejército frances, solo *auxiliar* en el continente, el general americano era quien debia dar órdenes.»

Mathieu Dumas en sus interesantes *Memorias* es mas explícito. (*Memorias* de Dumas. Paris, 1839, tomo I, página 89.)

«Yo fui encargado de ir delante de las tropas de la guarnicion, y de dirigir la columna: me coloqué á la izquierda del general O'Hara. Al aproximarnos á los fosos me preguntó en dónde estaba el general Rochambeau.—A la izquierda, le contesté; á la cabeza de la línea francesa. El general inglés violentó el paso de su caballo para presentar su espada al general frances. Presintiendo su intencion, partí al galope para ponerme entre él y Mr. de Rochambeau, que en este momento me indicaba con el gesto al general Washington, que estaba en frente, á la cabeza de la línea americana. «Os engañáis, dije al general O'Hara; el general en jefe de nuestro ejército está á la derecha.» Y lo conduje; y en el momento en que sacaba su espada, el general Washington le dijo: «Jamás, está en buena mano.»

«La guarnicion desfiló entre las dos líneas, en medio de las que se le hizo formar en batalla y poner las armas en pabellones. Los oficiales ingleses manifestaban el mas vivo despecho, y recuerdo que el coronel Abercrombie, de las guardias inglesas, el mismo que mas tarde pereció en Egipto en el campo de batalla, en el momento en que su tropa entregaba las armas, se alejó violentamente, cubriéndose la cara y mordiendo su espada.»

tham, ha sido muy delicado. Pero la bondad y las atenciones que nos han mostrado los oficiales franceses, su generosidad y la finura con que nos han ofrecido su bolsa en público y en particular, excede, en verdad, á todo lo que pudiera decirse. Yo espero que este será un recuerdo que ningun oficial inglés olvidará, si la fortuna de la guerra llegare á poner un frances en su poder.»

Despues de la rendicion de lord Cornwallis, la guerra estaba terminada en América, al ménos por lo que tocaba á las operaciones militares. Con las causas de descontento que aumentaban en Europa, la Inglaterra no podia persistir en una vía tan llena de sacrificios y peligros, sin un resultado posible. «Yo espero, escribia Washington á Lafayette en 1779, que nuestra tierna y generosa madre recibirá muy duras lecciones para convencerse, lo mismo que todos los tiranos del mundo, de que el mejor camino, el único que conduce con seguridad al honor, á la gloria y á la verdadera dignidad, es la justicia.» Habia llegado su hora á la Inglaterra: tenia la necesidad de humillarse bajo el peso de la desgracia. Era lo que sentia lord North. Cuando recibió la noticia de la rendicion de York-Town, nos dice un contemporáneo, lord Germain, secretario de Estado, que le produjo el mismo efecto que una bomba. Abria los brazos y exclamaba: «¡Dios mio, todo se ha perdido!» Y paseándose á grandes pasos en su cuarto, repetia muchas veces estas palabras, con una agitacion y un sufrimiento increíbles.

El rey recibió la noticia con mas valor, y contestó á lord Germain protestándole que estaba resuelto á ir hasta el fin. Solamente, y esto es notable, lord Germain vió que el rey, olvidando su exactitud germánica, no habia puesto sobre el billete de recepcion, *la hora ni el minuto*, lo cual demostraba que estaba agitado.

La noticia llegó á Paris el 26 de Noviembre de 1781. Franklin escribió á John Adams á Holanda: «Os felicito por tan gloriosas noticias. El Hércules niño ha ahogado en su cuna á la segunda serpiente.» La primera habia sido el general Burgoyne. La comparacion agradó tanto á Franklin, que mas tarde se hizo una medalla bajo su direccion: *Non sine Dis animosus infans*.

Tales son los recuerdos que hemos dejado en esa tierra lejana, recuerdos que Lafayette debia perpetuar hasta 20 de Mayo de 1834,

que Tocqueville ha querido revivir, y que yo invoco como nuestra gloria mas pura.

Que la América se haga grande, gloriosa, próspera; que no solo sea un pueblo, sino un mundo; pero que no olvide jamas que sin ambicion, sin celo y sin interes, la Francia ha velado cerca de su cuna. Que no olvide esa cucarda blanca y negra, que le recuerda que los franceses han derramado su sangre, por conquistarle la independenciam y darle un continente.